



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

Dr. Sam Atkinson (Canadá)

En mi libro "My Catholic Neighbours", "Mis vecinos católicos" (The Trinity Publishing Co., Toronto, 1934) he contado y descrito mi conversión, la solicitud con que examiné a la luz de la razón la enseñanza de la Iglesia.

Mi primer interés por la Iglesia católica lo despertó la entrevista con un sacerdote católico. Como conferenciante racionalista me había ocupado de estudiar casi toda clase de religiones. Un día oyó ese sacerdote — el Padre Finn de Rockfort— mi conferencia, y me invitó al té. Después del té tuvimos una larga conversación, en cuyo curso me dijo el sacerdote: "Señor Atkinson, he recibido la impresión de que le son a Ud. familiares casi todos los sistemas de religión del mundo entero; y sin embargo la filosofía cristiana de la vida le es a Ud. desconocida. ¿Ud. sabe que son veinte millones los católicos de los Estados Unidos, y que de los diez millones de habitantes del Canadá son católicos cuatro millones? Cuando Ud. quiere conocer el Confucianismo estudia las enseñanzas de Confucio. ¿Porqué no consulta Ud. autores católicos, cuando trata de enterarse del Catolicismo? Creo que debe Ud. reclamar de sus vecinos católicos que le informen de su fé, y al propio tiempo leer escritos católicos. Yo no creo que Ud. sea capaz de dar a sus oyentes, conscientemente, una falsa exposición de las cosas. Voy a darle, pues, una lista de libros y suplicarle que los lea".

Como consecuencia de esta conversión inicié un estudio fundamental de la enseñanza católica. No podría ahora enumerar todos los libros que leí entonces, pero es lo

cierto que la sola lectura no me condujo a la Verdad.

Por la lectura de los llamados libros "científicos" sobre el Socialismo había llegado yo a un concepto absolutamente materialista de la historia y paré en un verdadero anarquista filosófico. Dios era para mí un simple concepto, y Jesús de Nazaret un gran Maestro. La historia de la concepción virginal la catalogaba en la categoría de las fábulas. Como no creía en la existencia de Dios, era imposible llegar a la fé por la sola lectura de escritos religiosos. Yo había intentado resolver los misterios de la vida, pero no lo había logrado. Nadie podrá resolver los grandes misterios de la vida, sin partir de reconocimiento de que la Fe es una gracia de Dios.

Había cumplido mi promesa de leer los libros que me había recomendado el Padre Finn. Pero cuando en la primera oportunidad me dirigí a Rockfort con el propósito de visitarle, supe que había muerto. El Padre Whalen, de la Iglesia de Santa María, que me participó la muerte del Padre Finn, me invitó a visitarle, al terminar una de las conferencias que tenía que dar. Acepté con gusto. El Padre Whalen era un herido de la guerra. Unos meses después de mi visita, fué llamado de nuevo a la Gran Armada.

La noche que pasé con él, quedará grabada en mi memoria como uno de los recuerdos más gratos de mi vida. Hablamos no sólo de religión, sino de muchos problemas de la vida. Nuestra mutua confianza creció. Entre otras cosas me dijo que estaba persuadido, que el Padre Finn me había tratado en mi entrevista un poco atropelladamente. Con esta ocasión desarrolló como una visión de conjunto de la vida del sacerdote, sus deberes, cuidados, esperanzas y anhelos. No era una disertación de formas manidas, en que se prolonga la conversación en tópicos gastados. El P. Whalen era un conocedor de la Literatura. Con la misma facilidad con que aducía una autoridad de los Santos Padres, citaba a Mr. Browning, Tennyson y Whittier. Yo no podía olvidar un instante, que era un sacerdote el que me hablaba, y sin embargo recibí la sensación de hallarme ante un hermano. No había problema, que no penetrara.

Cuando me despedí eran las dos de la mañana. El P. Whalen me alargó la mano y me dijo: "Señor Atkinson, desearía dirigirle todavía una pregunta totalmente personal: sería Ud. capaz de orar con nosotros? — ¿Orar? pregunté; hace diez años que yo no oro". "Ahora, siguió él, me permite hacerle una petición, que me hubiera de satisfacer bajo su palabra de caballero? Pues hágame Ud,

ACCION CATOLICA

el favor de recitar cada noche, de rodillas, antes de acostarse, una corta oración.

—“Pero, Padre Whalen, le contesté, eso sería una hipocresía de mi parte, porque en primer lugar yo no creo que exista nadie que oiga mi oración, y en segundo lugar yo no estoy en disposición de hacer una promesa que me puede colocar en circunstancias cómicas.

—“Mi querido amigo, me interrumpió el sacerdote, si Dios no existe, Ud. nada pierde con ello. Y la prueba la puede Ud. hacer, en todo caso”.

Yo dudé un momento. El sacerdote había hablado en el tono con que un caballero se dirige a otro caballero. Pero no era una cosa sin sentido el rogar, si Dios no existe?

“Y qué es lo que voy a rezar?”.— “Pues mire, me dijo el Padre Whalen, arrodílese Ud. delante de su cama, y si no se le ocurre nada, ruegue Ud. así: Dios mío, ilumínadme”.

Cuando llegué de vuelta al Hotel, me desvestí inmediatamente y salté a la cama. Llevaba unos momentos recostado, cuando me vinieron a la memoria las palabras: “Como un caballero se dirige a otro”... Yo era un caballero, lo quería ser. Había comprometido mi palabra en una promesa, muy infantil por cierto, pero como caballero la tenía que cumplir. Salté, pues, de la cama, me arrodillé, y con las manos en actitud de orar exclamé: “Dios mío, ilumíname,” y volví a saltar a la cama, satisfecho de haber cumplido al menos mi palabra.

Hay hombres que poseen la virtud de conmover a sus semejantes hasta lo más íntimo del alma. Cristo miraba profundamente al porvenir cuando dijo al pescador Pedro: “Desde hoy vas a ser pescador de hombres”. Un buen pescador decía una vez: “Lanza el anzuelo y sácalo. Cuanto más al fondo lo arrojes, tanto mayores son tus probabilidades de resultado”.

El Padre Whalen era un pescador de hombres de ese estilo. Ejercía la mayor reserva. No iniciaba ninguna discusión conmigo y no intentaba convencerme con sutiles razonamientos, porque estaba persuadido de que la fé es una gracia de Dios. Dice Santo Tomás de Aquino: “La fé es un acto del entendimiento, que, con la ayuda de la gracia de Dios, mueve la voluntad a reconocer las verdades divinas”. La fe es pues un don de Dios, una gracia, que ilustra el entendimiento para que conozca la verdad, y mueve la voluntad para asentir a la verdad conocida. De manera muy parecida me hablaba una vez el Padre. Puedes leer cuanto quieras, puedes estudiar la manera de pensar de tus vecinos católicos cuan profundamente te sea posible, para juzgarlos con justicia; pero no podrás creer en las verdades divinas, si no te ilumina la gracia de Dios.

Mucho tiempo después supe que el Padre Whalen, a la mañana siguiente de nuestra conversación, había visi-

tado a las pobres monjitas Clarisas rogándoles que pidieran por la salvación de mi alma.

Ciertamente en este tiempo estaba yo bien lejos de la Iglesia. Cumplí mi promesa de rezar todos los días, pero sin ningún resultado. Más parecía que la vida con sus problemas se me hiciera cada día más oscura e indescifrable. Ahora me parece que precisamente aquella oscuridad tenía su razón de ser en los caminos de Dios.

Hallábamé yo muy cerca de la luz, pero una terrible oscuridad me cercaba. Y para alejar esa oscuridad, me separaba cada momento más de Dios. Voltaire dijo una vez: “Cuanto más leamos, más sabemos; y cuánto más estudiamos, tanto más nos persuadimos, que nada sabemos”. Naturalmente me intranquilizaba lo que leía. Me persuadí de que las concepciones protestantes, que yo había abrazado en mi juventud, eran falsas. Reconocía que no hay hombre tan múltiple en la comprensión de todas las cosas, que si se le saca de su especialidad no deje de ser un sabio. La realidad de que Sir Oliver Lodge fuera un gran sabio, no le hacía una autoridad en materias religiosas. La ciencia y la religión son en muchos aspectos dos campos absolutamente separados. El verdadero científico no puede edificar una teoría sobre meras hipótesis; debe más bien fundamentarse en realidades comprobadas, y de las realidades subir a la Verdad. No puede darse tampoco una positiva contradicción entre la verdadera religión y la ciencia, cuyos resultados lleven a la verdad. Pero cómo podría yo llegar a la comprensión de la verdad? Naturalmente, sólo por medio de la unión con Aquel, que es fuente de toda verdad. Un suceso insignificante vino a abrirme los ojos.

Mi mujer y yo cultivábamos un jardín. Ambos éramos hijos de ciudad y era el primer jardín que cultivábamos. Con nuestras propias manos cavábamos, sembrábamos y atendíamos a las plantas. Comprábamos plantas de viveros, para volverlas a plantar. En el invierno cubríamos con papeles el vivero del jardín. Y cuando llegaba la primavera era nuestro mayor placer renovar, según un plan, todo el huerto. He de reconocer que mi señora era la que se tomaba el principal trabajo y yo le ayudaba en mis tiempos libres. Ibamos con frecuencia al jardín para admirar los primeros delicados brotes, y pronto brillaba todo él en un esplendoroso germinar de nueva vida.

Resultó que un día, cuando el jardín entero estaba lleno de pequeñas y delicadas plantas, estalló una tempestad espantosa. Yo andaba por el centro de la ciudad y todo el mundo estaba admirado de la lluvia torrencial. Una enorme preocupación me sobrecogió, cuando me acordé de nuestro jardín. Una lluvia así, tenía que desbaratar todas nuestras plantitas. Apenas cesó la tormenta, salté en un auto, y me hice llevar a casa. Mi mujer estaba ya en el jardín y cuando yo irrumpí en él, me gritó ella: “Mira, ha sido una tormenta espantosa, y sin em-

ACCION CATOLICA

bargo no ha hecho ningún daño. No se ha quebrado, una sola planta ni ha caído una sola hoja" De golpe, me dejó aquello aturrido. Quedé sin palabra, y las lágrimas me asomaban a los ojos. Cuando volví en mí, me dije: "¿No es esto prodigioso? La lluvia, era, como, para, esropearlo todo. El que no haya sucedido así, prueba que una fuerza invisible lo ha dispuesto de otro modo. Las leyes de la naturaleza, implican un Legislador. Existe un Ente Supremo. Hay sin duda un Dios y yo creo en El. Dios mío, ayúdame a vencer mi incredulidad".

"No por medio del poder y la violencia, sino por medio de mi Espíritu habla el Señor." Tenía razón el P. Whalen cuando me decía que la fé es pura gracia de Dios. Se me había concedido la gracia de la fé. Anté esa luz de la fé se esfumaron todas las demás dificultades. Todo lo que yo había leído de la única verdadera Iglesia lo encontré ahora claro. Comprendí el plan de Dios en la obra de la Redención. Dios entregó a su Hijo unigénito para nuestra salvación. No tenía ahora por qué esforzarme largamente en comprender las creencias católicas de mis vecinos, pues la restitución de mi alma a la salud me hacía considerar propias mías esas verdades.

Mi transformación me hizo comprender a las claras la íntima razón de mi profunda miseria espiritual en los últimos meses. Una intensa oscuridad me había cercado. El pensamiento de que yo había traicionado a Cristo, se me hacía pesado. Yo huía de Dios, pero el Hijo de Dios se había cruzado en mi camino, y el Espíritu Santo, por los más variados sucesos, postreros de mi vida, había abierto mi alma a la Verdad.

Este es el mayor de los milagros. Su amor no era mérito mío. Yo le había ofendido tantas veces. Pecado tantas veces. Le había traicionado con frecuencia. Nunca le hubiera podido hallar, si El no me hubiera buscado.

En mi ciudad natal, Toronto, Canadá, se fundó una Liga de Convertidos, compuesta de igual número de convertidos y católicos. El fin de la Liga parecía ser el dar a los convertidos sensación de solidaridad, que les es tan extraña en los primeros momentos de su conversión. En la parroquia de Santa Clara, a la que yo pertenezco, he-

mos celebrado durante el pasado invierno reuniones ininterrumpidas con no pequeño fruto, a las que se invitaba igual número de católicos y de convertidos. En los casos de matrimonio mixto se invitaba también al consorte no católico. Así se lograba una atmósfera de comprensión y casi todos los casos se creaban con los no católicos amistades durables. No se promovía directamente ninguna conversación de temas religiosos. Eran reuniones aménas, en que convertidos y no católicos se comperetraban; y a los no católicos se les daba, sin embargo, oportunidad de enterarse de las cosas religiosas por medio de seglares, ya que casi siempre les falta valor para dirigirse directamente a los sacerdotes. También los sacerdotes de la parroquia asistían a tales reuniones, con lo que se desvanecían las viejas preocupaciones. Y es cosa comprobada que ese alternar con ellos, que se procuraba por todos los medios, llevaba a los no creyentes a una más justa apreciación del Catolicismo.

Se me ha preguntado muchas veces: "¿Qué ha encontrado Ud. en la Iglesia católica?". La siguiente imagen responde a esa pregunta. Un niño enfermo está acostado. La fiebre le hace revolverse de parte a parte y su madre se esfuerza en lo posible para aliviarle. Refresca sus labios ardientes con una bebida refrigerante, muelle sus almohadas y realiza centenares de delicados servicios, que sólo una madre conoce. Pero nada ayuda. Decididamente, como ella no encuentra cómo ayudar al niño, lo toma de la camilla, y reclina su cabeza en su pecho. El niño entonces respira descansado y dice: "Mamá, así estoy bien".

Reclinado en los brazos de la Santa Madre Iglesia todos mis deseos se han realizado. En ella he hallado lo que me faltaba. ¿La paz? Sí, pero todavía más la verdad. ¿La felicidad? Sí, pero todavía más el espíritu de desprendimiento, que valora más la libertad del prójimo. ¿La alegría? Sí, pero por medio del sacrificio.

En la Iglesia Católica he comprendido yo lo pequeño que soy y lo grande que es el Redentor.

(Trad. de M. A. E.)

Marmolería Carrara

Caracas (Venezuela) — Carrara (Italia)

HNOS. DI PRISCO

Despachamos Presupuestos y Dibujos Esquina de Camejo N° 43-1 — TELF. 3034
La casa especialista en trabajos de Altares, púlpitos, balaustradas, Precios módicos